

EMIR SADER. AUTONOMÍA Y COMPROMISO

Lucas Rubinich

58



EMIR SADER. AUTONOMÍA Y COMPROMISO

Lucas Rubinich¹

La trayectoria de un intelectual que comienza a dar sus primeros pasos en el mundo de la cultura a fines de los cincuenta y a principios de los sesenta del siglo XX en algún lugar de América Latina estará marcada por momentos de intensa efervescencia social. Y seguramente esas marcas reordenarán su vida, y desde ya que no en sentidos unívocos. La relación de las personas con períodos de conmoción, con los que se implican profundamente, no resultan necesariamente en que estos se convertirán en banderas orientadoras de su vida en un sentido positivo. Puede que, precisamente, ocurra totalmente lo contrario. Lo que sí es cierto, es que la relación será irremediamente fuerte, inclusive en el converso, en el que reniega de aquellos momentos de intensidad. Y cuando esa intensidad, esa efervescencia social no se extingue naturalmente, sino que es producto, como lo fue en la América Latina, de una poderosa derrota como la ocurrida con los movimientos revolucionarios y, si se quiere a la vez, con las expectativas de cambio, con las sensibilidades rebeldes que acompañaban, que alentaban y eran alentadas por esos movimientos, las trayectorias posteriores a esos acontecimientos toman múltiples y a veces desconcertados caminos. Las derrotas vienen acompañadas, como todas las derrotas, de situaciones que afectan y reorganizan la vida concreta y la moral de los derrotados. No es extraño que en estos casos se pueda hacer uso –y se encuentre algún sustento para hacerlo–, de una vieja y quizás demasiado simple broma. Broma que refiere a aquellos que fueron incendiarios en esos acontecimientos, y que, con el paso traumático del tiempo, que les despierta nuevas responsabilidades individuales, terminan convertidos en bomberos.

Los casos concretos de las experiencias de los intelectuales latinoamericanos con esa trayectoria anterior son por supuesto distintas, pero pueden ordenarse rápidamente en tres formas pensadas a la manera de tipo ideal, en donde las variables fundamentales para este ordenamiento son la relación con ese vivido pasado efervescente, y la manera en que esa relación resulta en una evaluación del presente. El primer caso es el del rechazo fuerte de ese pasado, que se manifestó en la crítica rotunda a la idea de vanguardia y al recurso de la violencia organizada como contestación a la opresión, al extremo de demonizarlo. La necesidad de fundar un orden posible luego de las dictaduras, claramente en el cono sur, hacía imprescindible para algunos sectores poner en la pica a esas formas organizativas y las ideas que las alentaban, en tanto identificadas como principales causantes del dolor generado por las vejaciones, muertes y lo que se llamó “desaparición” de cantidades de revolucionarios civiles. La oposición autoritarismo-democracia parecía organizar el mundo de la política. En las visiones más exageradas, se encontraban elementos de autoritarismo casi esencial en estas sociedades para explicar sus incapacidades frente a la democracia, reeditando prejuicios de la ciencia política norteamericana de los

¹ Universidad de Buenos Aires.



años cincuenta. Así, el peso propositivo estaba puesto en los aspectos institucionales de la democracia, con un modelo más o menos ideal ligado a las democracias nórdicas, y una posición en ese sistema ligada a las socialdemocracias europeas, algunas de las cuales no tardarían mucho tiempo en convertirse en las ejecutoras de las nuevas políticas del capital financiero internacional.

El segundo tipo ideal es el de aquellos que coinciden en las críticas al autoritarismo de las formas políticas revolucionarias que predominaron en la efervescencia de los años sesenta, y su forma de manifestar ese antiautoritarismo, pensar la fuerza política alternativa en la vitalidad societal. En la vitalidad societal, como oposición a la opresión constitutiva del Estado, estarían las claves que permitirían la construcción de los caminos para el mejoramiento de la sociedad. Bajo retóricas que remiten a tradiciones de izquierda libertaria de alguna manera reproducen la oposición sociedad civil-estado de la herencia liberal. “Cambiar el mundo sin tomar el poder”, la autonomía de los movimientos sociales, parecían los caminos de construcción de un nuevo mundo, que encontraban, más allá de las intencionalidades, algunos puntos en común con las políticas internacionales que reorganizaban los estados con la consigna del Estado mínimo. El tercer tipo de intelectual ideal es el que se identifica con experiencias que, apoyándose en la apuesta electoral y habiendo triunfado, se vale del Estado para producir cambios regulatorios que logran atenuar la desigualdad social y el deterioro que la revolución neoconservadora produjo en las instituciones públicas integradoras. La crítica a las experiencias con voluntad revolucionaria de los años sesenta y setenta pueden circular también aquí, aunque con menos intensidad, o con voluntad de no hacerlas públicas, ya que se pone el acento en quienes cayeron y en la necesidad de ser reivindicados como víctimas de estados terroristas. Puede haber, sin análisis complejos de esas dramáticas experiencias pasadas, una reivindicación fetichizadora, por supuesto, carente de productividad política profunda. Los derechos humanos resultan un componente central de estas miradas. El pasado en ese sentido es un pasado que debe ser esclarecido en cuanto a la situación de las víctimas. La reivindicación de los gobiernos posneoliberales y la resistencia frente a la profundización de la reorganización generada por la revolución neoconservadora es la expresión política de esta identidad cultural. Y entonces la defensa pública de esos gobiernos frente a las expresiones del mundo local e internacional de la predominante cultura del capital financiero es una tarea. Lo que no hay, en este caso, es debates o propuestas de debates sobre la elaboración de proyectos o propuestas trascendentes. Ideas que esbocen las formas que podría adquirir defensas efectivas frente a un mundo que, evalúan, presenta mínimas alternativas. La apuesta política y la intelectual en términos políticos más amplios, no electorales, es puramente defensiva y no hay propuestas de debates sobre las formas de construcción de las relaciones de fuerza que le den solidez en el tiempo a esa defensa. Tampoco, como parte de esa defensa, se incorporan formas propositivas que imaginen el mediano plazo.

En este contexto, en este presente donde gran parte de mundo cultural que se reconoce en tradiciones políticas inclusivas se encuentra aquietado o, en el mejor de los casos, su entusiasmo tiene las formas de seguidismo de las acciones de los espacios políticos con los que empatiza, las posiciones intelectuales de Emir Sader se presentan, por sus maneras de plantear la relación entre la academia y la política, como



una singularidad. Esas posiciones surgen del procesamiento productivo de una intensa trayectoria de vida que incluye la efervescente década del sesenta y los devenires de la derrota posterior.

Emir Sader se inició a la política en San Pablo, como él mismo relatará con humor, anunciando un acontecimiento que sería histórico, ya que a los 15 años su tarea de militante recién llegado sería la de repartir el periódico *Acción socialista* en el que se informaba acerca del triunfo de la revolución cubana. Un par de años después siendo estudiante en un Colegio de Vila Mariana, un barrio de sectores medios de San Pablo, se convertiría en presidente de la Unión paulista de estudiantes secundarios (UPES). En esos momentos accedería a una reunión, junto a su hermano, estudiante de ciencias sociales, y otros amigos, con un grupo socialista conformado por disidentes del partido comunista, a través de la invitación de Michael Löwy, quien era profesor de una facultad pública del interior de San Pablo. Como muchos intelectuales brasileños, luego del golpe de 1964, el joven Sader, terminaría en Chile junto a su maestro Ruy Mauro Marini, con quien militaría en Brasil en Política obrera, y también en el MIR chileno. Luego del golpe de Pinochet, continuarían sus exilios hacia Argentina y posteriormente Cuba. Esa porción de historia de vida que corresponde a un momento poderosamente vital de la biografía, y que se encuentra con una situación de gran efervescencia social y de derrotas trágicas de los procesos que se generaban al amparo de esa efervescencia, deja efectivamente marcas fuertes en esa generación de intelectuales y seguramente también en Sader. La diferencia con otros de sus compañeros generacionales, que simpatizan en el presente con experiencias políticas moderadas en relación a esa historia anterior de radicalización, es que analítica y políticamente piensa estas experiencias del presente como posibilidad potencial de continuidad de esas luchas en tanto su papel de resistentes al neoliberalismo.

Lo fundamental en sus trabajos en relación con esa historia, es que no solo no hay una subestimación de las experiencias de radicalización, sino que se incorporan como un capital productivo para pensar el presente Y en ese pensar el presente se acompaña de una decidida voluntad de acción, que se expresa tanto en el mundo académico en su capacidad organizativa y dirigencial (fue presidente de la Asociación latinoamericana de sociología y también secretario general del Consejo latinoamericano de ciencias sociales), como en la relación concreta con la política desde el lugar específico (fue uno de los organizadores del Foro social mundial). Esto último incluye, ocupando un lugar fundamental, la experiencia junto al PT brasileño, que en los últimos treinta años al menos, con sus éxitos y fracasos, es una de las experiencias más conmocionantes de la política brasileña y también latinoamericana. Los vericuetos de la política real en las asociaciones políticas que se reconocen en tradiciones progresistas que pueden acceder al gobierno, y que lo hacen en un estado de relaciones de fuerza efectivas que no son suficientes para producir los cambios que mentan las formas más avanzadas de la tradición, producen en los intelectuales que acompañan estos procesos diagnósticos de los límites de lo posible que se convierten casi en destino inexorable. Suelen adquirir entonces, la identidad de certificadores de la imposibilidad, realizando un movimiento de deshistorización que ignora la construcción social y política de lo posible.



En uno de sus libros que resulta en una referencia, en tanto modo de intervención que no pierde la especificidad crítica, Sader pone sobre la mesa el problema que plantea, para decirlo en términos clásicos, el acompañar un programa de transición: “Congelar el universo de las reformas sin romper con el sistema dominante, sin relevar la cuestión del poder, es ahogarse en el universo de la reproducción de las relaciones sociales políticas existentes. Por otro lado, destacar las demandas estratégicas sin vincularlas profundamente con la sensibilidad y los intereses de los grandes estratos del pueblo genera sectarismo, posiciones verbalmente radicales pero incapaces de conquistar las mentes y los corazones del pueblo” (2010, p.119). Y lo interesante, más allá de las evaluaciones tácticas y de su mayor o menor acierto en un mundo complejo para las perspectivas que, aunque a veces sin gran efectividad, proponen algún desacomodamiento del orden, es que imagina a estos procesos, como procesos en construcción. Es por eso que puede tener cercanía política y de amistad con el principal líder del PT, pero a la vez puede realizar evaluaciones críticas que resultan conflictivas para el espacio que es también el propio. Porque, al fin, es fuerte su implicación con las grandes tradiciones culturales y políticas de la izquierda, y es desde allí que se implica en el terreno a veces fangoso de la política real. Esa práctica es, sin dudas, la forma más productiva de relación entre la cultura y la política. Básicamente porque no se trata de un académico que está a la espera de las grandes preguntas planteadas por la política para dar respuestas acotadas, específicas; ni tampoco el que provee ornamentos de prestigio cultural a un relato subordinándose a las ideas ya diseñadas, sino que vitalizando el papel intelectual se propone un diálogo en el sentido más productivo de su acepción, una colaboración conflictiva y crítica. Una manera, por cierto nada cómoda, de demostrar que puede no haber antinomia entre compromiso y autonomía.

Bibliografía

Sader, E. (2010). *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*. Siglo XXI Editores Argentina

